

plar el Carmen de Celaya, de saltar en las piedras de los Llanos del Cazadero, de ser robados por el fondista de San Juan del Río y de despeñarnos en Tula, llegamos á México tal día como el 28 de Enero de 1853.



## CAPÍTULO IX

### La ciudad de los palacios... por hacer

**R**ODRÍA haber dicho que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo, si no fuera que no caminaba sino en coche; mi impaciencia era tanta, que no dejaba un punto de sacar la cabeza por la portezuela, como explorando el horizonte. Pero si se exceptúa algunas vacas tísicas que pastaban á la vera del camino, muchos carros y cabalgaduras y grandes columnas de polvo, absolutamente nada percibía.

Á poco entramos en unas callejuelas torcidas con casucas insignificantes, habitadas por viejas sucias, muchachos mugrosos y léperos borrachos. Iba el coche deshaciendo los montones de basura, atascándose en los baches del camino, bordeando las atarjeas, ahuyentando



á los perros que se solazaban en el cadáver de cualquier animal muerto. Avanzó más espacio y me sorprendieron casas más altas que las que estaba acostumbrado á ver en Guadalajara, pero tan tristes, tan faltas de color y de vida, que me asombré de que un cielo tan hermoso abrigara tan mezquino paisaje: estábamos en la ciudad de México.

Cuando con mucho gemido de herraje, caer de valijas, movimiento de curiosos y descenso de pasajeros *apolismados*, llegó el coche á la casa de Diligencias de la calle de Dolores, fuí el primero en bajar y quizás el único en hacerlo con la soltura y gallardía que me consentían mis pocos años. Apenas había puesto los pies en el suelo, cuando sentí que dos brazos me oprimían y que una voz cariñosa, casi infantil, me preguntaba por mi nombre.

Volvíme y miré á un muchacho hasta de diez y ocho años, guapo de rostro, bajo de cuerpo, dulce de mirada, que llamaba á otro no tan mozo, que se hallaba entre el grupo de curiosos.

— Pablo Villaseñor, me dijo, el poeta paisano de usted, me escribe avisándome su presencia aquí y encargándome lo reciba, agasaje y atienda. Para eso vine y para presentarle á mi amigo José María Sánchez, estudiante de Medicina, que nos acompañará en nuestras excursiones.

Juan Díaz Covarrubias, como se llamaba el chico que de manera tan donosa y despejada se me presentaba, se

rehusó á comer conmigo en la mesa del parador; pero á las tres de la tarde ya estaba allí en unión de su inseparable compañero.

— Usted, me dijo Sánchez, necesita un guía en estos dédalos intrincados, y nadie puede servirle para el efecto mejor que Juan y yo. Nosotros lo libramos desde caer



en manos de las tarascas que se han instalado en esta calle, como para indicar á los payos dónde se ama barato en la capital, hasta para llevarlo á las recepciones del Presidente cuando las haya.

Discutieron mis flamantes amigos el programa de la tarde, que era por cierto la de un domingo, y cuando se hubieron puesto de acuerdo nos encaminamos al *Infiernito*, donde, mediante medio real por barba, nos sirvieron algo



que se parecía á café, juntamente con una copa de aguar-diente que arrancaba trozos de garganta.

Los acostumbrados á las cantinas del día, con sus charras elegancias de mármoles y espejos, no se forman idea de cuán comfortable se nos figuraba aquella botillería patriarcal, con sus sillas de asiento de tule, sus mesitas de madera blanca, sus mozos confianzudos y tardones, sus espejos para mirar segmentos de rostro y su concurrencia abigarrada y especial.

En seguida y *pedibus andando* nos encaminamos al Paseo de Bucareli, llamado entonces Nuevo, no sé por qué, pues iba á tener un siglo de establecido.

Hasta la Alameda nada encontramos de particular: las casas estaban cerradas, interrumpido el comercio y todo en suspenso; sólo se veía un cordón de gentes endomin-gadas, que á toda prisa marchaban siguiendo nuestra dirección.

Al pasar el Puente de San Francisco, Juan se inclinó hacia mí, diciéndome:

— No piense que está en el Museo, ni que esos moni-gotes son las figuras de Huichilobos y algún compañero suyo; esas estatuas que están hechas con trozos de la pie-dra que tenía en el chirumen el escultor, se han colocado para adorno de este lugar y son las creaciones más es-pantosas que podía imaginar un enfermo.

En cambio, mire usted el caballo de Tolsa, cómo se

destaca en el azul del cielo, cómo brilla y cómo aparece lleno de nobleza. Bien pagados estuvieron los diez y siete mil pesos que dieron á Hidalgo por trasladarlo desde el patio de la Universidad.

— Pero, ¿no encuentras, preguntó Sánchez, más noble la actitud del embajador Pacheco, que pasea aquí su inmensa insignificancia...? Servidor de usted, señor don Ramón, beso á usted la mano.

— ¿Embajador ante quién? pregunté con curiosidad.

— Embajador de México cerca del emperador de los franceses, dijo Juan.

— ¿Y habrá aprendido ya que hay emperador en Fran-cia? Porque hace unos cuantos días, en un banquete, brindó por la República francesa, y fué menester que lo llamara al orden Levaseur, advirtiéndole que hace más de un año que ha habido por allá mutación de régimen.

— Pero no me negarás que es persona grata á Fran-cia el hombre que estaba empeñado en darle satisfac-ciones cuando el incidente del barón de Cipry en el baño de las Delicias; satisfacciones que no se recibieron porque no las quiso el Conde Gourmy de Roslan.

— Pues en ese caso, dijo mi tocayo, España debía pe-dirlo de preferencia; ¡porque mira tú que disponer que-dara un fondo de indemnizaciones para futuras reclama-ciones de súbditos de Isabel II!...

— ¿Y no escribió este año el testamento de 1852?,



pregunté, al recordar ciertos pesados papasales de don J. Ramón, que eran para nosotros el acabóse de la gracia.

— No; ahora tiene catarro como el zorro de la fábula, y no sabe si poner en las nubes á Santa Anna, á quien cantó ditirambos cuando la inauguración de la casa de moneda, para después ponerlo como Dios puso al perico; si alabar al Presidente, á quien debe el nombramiento, ó entonar las glorias de algún astro incógnito.

Entretanto habíamos llegado al paseo, que se desbordaba de gente: peatones luciendo el vestidillo del día de fiesta; niñas modestas envueltas en la reluciente mantilla; lechuguinos adamados, con talle flexible, pecho saliente merced al auxilio de los algodones, melena á la romántica, anteojos que no aumentaban ni disminuían, y tenue rebocillo cubriéndoles el cuello.

Los coches que se removían en el reducido espacio del paseo, eran muchos y muy lujosos. Ya estaban distantes los tiempos en que no había en toda la ciudad más carruaje extranjero que el de don Francisco Fagoaga: *quitrines*, *guayines*, *forlones*, *bombés*, coches mil lujosísimos iban, venían, se encontraban, se chocaban y volvían á su cauce, que era el trecho del paseo.

A caballo caminaban muchos jóvenes de las primeras familias; pocos en silla inglesa, la mayoría en la silla vaquera mexicana.

Los modernos llevaban pantalón abotonado de arriba abajo, banda de seda, chaqueta con alamares y sombrero de anchas alas con doble toquilla.

No faltaban, sin embargo, los trajes de chaqueta y calzonera de paño azul ó verde. Aquélla, bordada de plata y oro, no se abotonaba nunca y dejaba ver la camisa de batista bordada y encarrujada con primor, y la corbata anudada con cintillo. Las calzoneras, detenidas por una banda de seda roja con galones, tenían dos hileras de botones de plata. Dejaban ver el calzón de finísimo lino hacia la parte inferior; pero éste lo cubrían unas botas vaqueras bordadas, recamadas y perfiladas como si hubieran sido unas joyas. Completaban el atavío espuelas de acero, sombrero de anchas alas, manga de paño con vueltas de terciopelo bordadas de oro, y fina espada de procedencia toledana.

Los caballos eran de esas preciosas bestias que resultaron de la aclimatación del potro jerezano; llevaban siempre silla de piel de tigre bordada con oro y plata, zarape del Saltillo con labores variopintas sujeto á los tientos, armas de agua y anqueras llenas de cascabeles resonantes.

A poco llegó la segunda entrada, más pintoresca y animada que la primera: frailes con sombrero de teja, chinas con enaguas de castor, militarillos de banqueta encantados con el uniforme, viejas celestinas, acompañadas



de doncellas de agua pasada, vendedores de mil baratijas y golosinas populares, pelados de sombrero de copa baja, ceñidor y pantalón bombacho, curas con traje á lo secular..., la mar!

— Mira, dijo Covarrubias, allá viene Martínez; qué tónico, qué elegante; ese surtú, así como el sac...

— Que todavía le debe á Cussac, interrumpió el otro... Esos tipos, amigo Pérez, esos tipos son los que le han inspirado á nuestro poeta las patibularias historias que nos presenta: jóvenes violadores, mujeres coquetas y sin corazón, viejos verdes llenos de concupiscencia, y todo por el feo delito de ser ricos y no tratar de igual á igual á estos caballeritos de quiero y no puedo, que no tienen relaciones tan estrechas con el mago de la calle de Plateros, número 15.

— No me negarás, respondió el jalapeño, que la bondad, la abnegación, el cariño y la verdadera amistad, se encuentran sólo entre los pobres. Rico, ser rico, ¿qué vale junto al mérito de tener talento, de saber, de amar, de sentirse poeta?

— ¿Y por qué los ricos, repuso el otro con buen sentido, no han de tener todas esas cosas que dices, y quizás en grado mayor que los pobres, que pueden verse obligados á prescindir de ellas por las necesidades de la vida?

— No, exclamó con vehemencia el vate: en esa clase no hay más que miseria, podredumbre, cieno é infamia.

Mira, en ese carruaje se ostentan flores de hermosura, mujeres bellísimas incapaces de amar...

— Allí duele, Juanito, allí duele; como que tus rencores contra esta maldita sociedad vienen no más que de los desdenes de esa tu Filis ó como la llamas en tus versos. Fíjese usted, amigo Pérez, en ese carruaje. ¿Ve aquella *lionna*, de luenga túnica con vueltas á la suiza, de gro tornasol de aguas, *tablier* de á cuatro y guarnición de escarola del mismo color del túnico? ¿La vió usted? Es la que va junto á la *de golá* á la Pompadour, tunisela de crespón y manga tan corta, que parece que prolonga el pico del corpiño. Pues esa bella es la que trae loco á nuestro Juan; y como ella se viste en casa de Virginia Gourgues, y su padre tiene hacienda y deudos pudientes, á éste le ha venido el enojo contra todos los ricos.

Enrojeció un poco el mozo; pero no pudiendo negar nada, distrajo nuestra atención señalándonos á un oficialito de buen rostro, guantes, rizos, raya partida y corsé.

— Vamos, allí está Santiaguito Moreno que se ha endosado de nuevo el uniforme, pues dicen que viene nombrado ayudante de S. E. el General Santa Anna. Este fué de los polcos de invierno. ¿Usted, tocayote, no sabe quiénes eran estos soldadillos de tres por un cuarto? Se llamaba de invierno á los abrigados, á los vestidos, mientras por pobres se apellidaba de *verano* á los del batallón Hidalgo, que también se decía batallón de ¡Ay, mamá! Este



Santiaguito, que usted ve, ocupaba siempre un cargador que le llevara el fusil, ó alquilaba un simón si tenía que conducirlo él mismo. Portaba guantes para no lastimarse las manos á la hora de disparar, anteojos como fraile del Carmen, para ver al enemigo y correr á tiempo, y pomos de sales para no desmayarse con las conmociones de la lucha. Ahora, según parece, coge de nuevo la triunfal carrera que había emprendido, y se lanza á opacar los laureles de los Federicos y los Bonapartes.

— Gracias á Dios, dijo Sánchez, que tenemos ya aliviado al señor editor de *El Universal*. Allí va don Rafael de Rafael, á quien usted conocerá por sus polémicas con Cumplido. Es aquél bullicioso, charlatán, de bello borbónico y nariz larga, ensanchada hacia el Ecuador y aplanada hacia los polos.

— Por cierto, completó el poeta, que no parece hallarse en peligro de muerte después de la estocada que le dió Crescencio Boves.

— ¿Y por qué fué ello? pregunté.

— ¡Qué sé yo! disputas antiguas. Ello es que hace poco se encontraron en Plateros; hubo lo de *yucateco indecente*, de *gachupín intrigante* y otras lindezas, y Boves, que apenas podía tenerse en pie, como que acababa de levantarse de una tremenda enfermedad, dió al otro una metida con un estoque, que me lo puso á dos deditos del sepulcro.

— ¡Hola, Florencio! ¿qué dice Blancarte? Insistes en

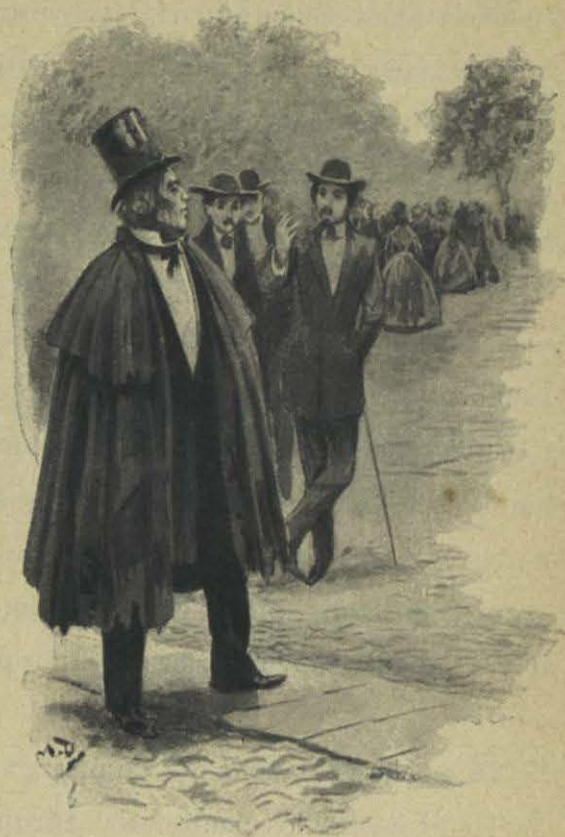
que fué presidiario, preguntó Juan á un caballero joven que se acercó al grupo.

— Aquí tienes, dijo Sánchez, á un nuevo amigo nuestro, el joven Juan Pérez; este mal sujeto es Florencio del Castillo, redactor del *Monitor* y hombre á quien usted conocerá por su pésima reputación.

Nos dimos las manos el recién llegado y yo, y continuamos la revista.

— Salud, don Marquitos, dijo Castillo saludando á un viejo con traje filosófico, capa llena de remiendos, sombrero grisiento echado hacia atrás, cabello largo y pasos tardíos y acompasados.

El señor don Marcos Esparza, ex Ministro de Hacienda y amigo muy cabal.





— Muy servidor de ustedes, dijo el vejete.

— Pero á usted nadie lo hace salir de su paso, señor, dijo con cariño Florencio.

— Nadie, ni siquiera Falconnet, que se ha empeñado en declararme concusionario, asegurando que fuí de los cochinos que tomaron parte en la distribución de los sesenta mil pesos con que diz que sobornó á las Cámaras para que consintieran en que se sacaran los dos millones y medio que permitió el gobierno que se sacaran.

— Y don Marcos es incapaz de eso, dijo Castillo. La prueba es que si se hubiera comprometido, ó habría comprado otra capa, ó habría comprado zapatos siquiera á unos cuantos de los cuatrocientos cuarenta y nueve hijos que Dios le ha dado. Pero no nos niegue que ha habido señores representantes que se ensuciaron con el oro inglés...

— Pollo, pollo, punto en boca, dijo el ex Ministro; no hay que hacer juicios temerarios, porque se falta á la ley de Dios.

La noche venía más que de prisa, alejando los coches, haciendo huir á los peatones y agrupando en bandadas á los charros. Allá se distinguían, arriba las siluetas negras de las torres, abajo los farolillos de los coches que rodaban por el empedrado desigual como turba de ebrios que meten ruido.

A las ocho, después de las frecuentes posas que vinimos haciendo en el camino, desembocamos en la plaza de

armas. Al frente veíamos el palacio, á nuestra espalda el portal de Mercaderes, á la derecha las casas de Cabildo, la Cárcel de ciudad y la Lonja. Don Marcos, hombre de buen ingenio, nos refirió la postura y la destrucción de la estatua de Santa Anna en el Volador, en 1844. Recordaba el hacendista-filósofo el muñeco aquel, de bronce dorado, de tamaño doble del natural, con su uniforme constelado de veneras, bandas y cruces, señalando con la mano derecha hacia el Norte para indicar que pronto iría á dar su merecido á los tejanos; pero dando á conocer en realidad, según el vulgo, que en la casa de moneda estaba la meta de sus aspiraciones.

Al dejar caer el velo que cubría la estatua, la cuerda se enredó en el cuello de la figura; presagio según muchos de que así había de morir ahorcado el original, aunque, según don Marcos, no lo era sino de que el pueblo lo había de echar abajo con soga al cuello en plazo no lejano, como sucedió.

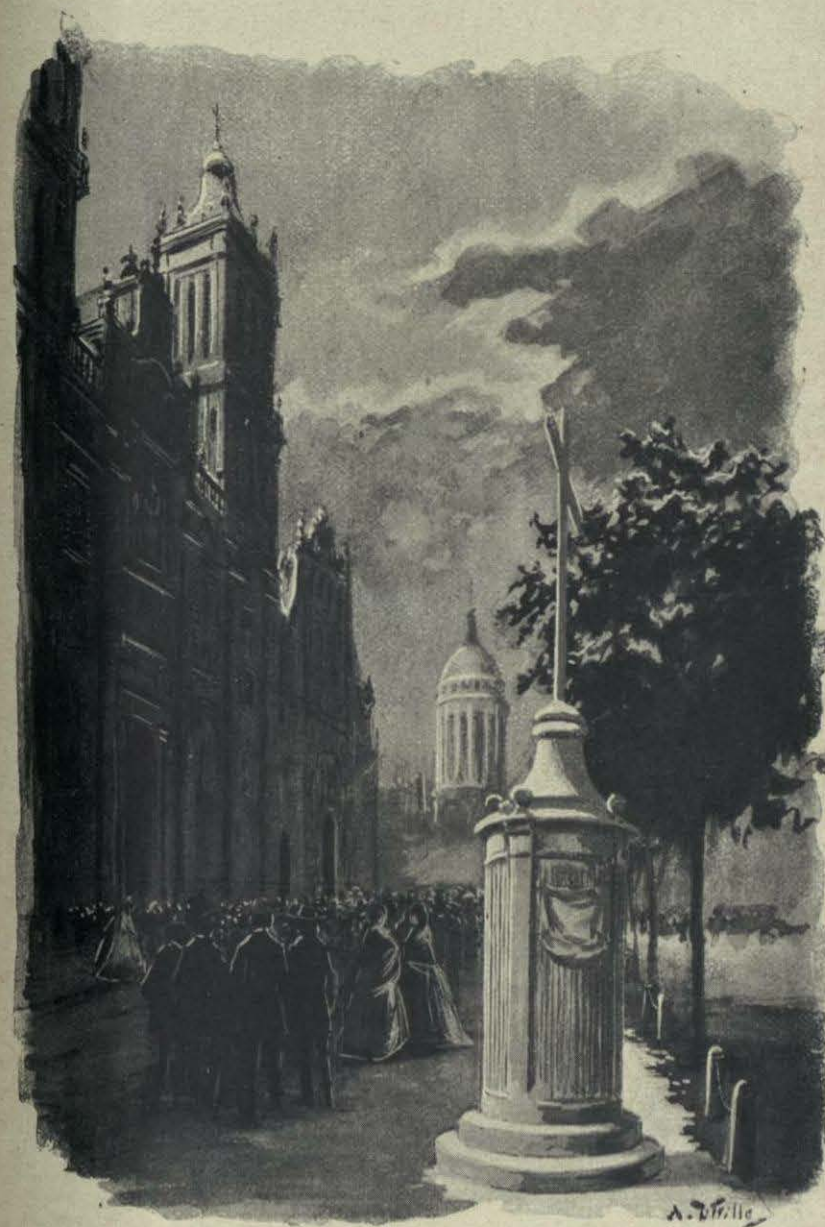
El gran tema, la personalidad de Santa Anna, salió á luz. Sánchez y Covarrubias eran del número de los liberales que creían en Santa Anna á pesar de todas sus trastadas; para don Marquitos no había en el mundo más hombre posible que Arista; pero miraba con simpático *panfilismo* cuantas ideas y opiniones quisieran salir á luz, y en cuanto á Castillo, era el enemigo más furioso que podía tener el dictador.



Mientras dábamos vueltas por las Cadenas, el médico en ciernes se llenaba la boca con unas coplillas que estaban muy en uso:

¿Y vienes muy liberal,  
General?  
Si es así, guárdete Dios;  
Es heroica la tarea,  
Haz para que yo te crea  
Aquí para entre los dos,  
Porque sino estamos mal,  
General.  
¡Liberal! Danos la gloria,  
Afianza nuestros derechos  
Y vindica tu memoria,  
De otros tiempos y otros hechos  
Que son de luto en la historia.

— ¡Liberal! interrumpió Florencio. Estén ustedes seguros de que bajo el gobierno que se prepara, no vamos á tener de libertad ni la necesaria para tomar agua, si al gobierno se le antoja que tomemos vino. Créanmelo, amigos; esto anda mal y va á seguir peor. Ni Nerón, ni Ezzelino, ni Dionisio de Siracusa van á servir para descalzar á Anna. Qué Rosas, ni qué Doctor Francia, ni qué niño muerto; Santa Anna va á eclipsar á todos esos



Mientras dábamos vueltas por las Cadenas...



sujetos y á dejarlos muy atrás, haciendo que México se saque la palma en tiranía.

Reímos todos de lo que juzgamos un alarde de Castillo, y comenzamos á fijarnos en los pasantes que veíamos. Los hombres iban envueltos en *talmas*; las damas peinadas á la Cardoville, vestidas con muchísimas enaguas que las hacían parecer, apenas soplabá el viento más leve, viejas urcas navegando por mares tempestuosos.

Hacía luna, y aunque noche de Enero, el frío era poco. Bajo aquellos árboles, que tapizaban el suelo de sombras, como piel leonada, al pie de aquellas torres que recordaban cosas viejas y gentes idas, entre aquellos caballeros y aquellas damas que se miraban con amor, pensé en cuán necio resultaba acordarse del «gobierno del mundo y sus monarquías», cuando se debía meditar tan sólo en la manera de amar más y más de prisa.

A las diez, cuando me sentía casi muerto de fatiga, mis amigos me acompañaron á mi alojamiento, terminando así mi primer día de México.

